

IX.

El alcalde Portocarrero se quedó tan repleto y tan satisfecho con la solución de su argumento, que sin vacilar tomó un pliego del áspero y moreno papel que en aquellos tiempos se usaba, puso á su cabeza una cruz muy semejante á una *t*, y escribió por bajo lo siguiente:

«Señor presidente de la real Chancillería de Valladolid.—Muy señor mio y amigo: en esta villa he tropezado, con ocasión de una riña, con un pastelero tal, y con una tal ama de cría, que me han puesto en gran confusión y cuidado. Tiene él cara y palabras tan poco verosímiles en un pastelero y hombre bajo, y tan propias de hombre principalísimo y aún de príncipe ó rey, y tan dama parece ella, y tan alta, á pesar de los humildes trajes que llevan y del bajo oficio en que aparentemente se entretienen, que yo tengo para mí que no solamente sería bueno y provechoso, sino necesario, vigilar á estas tales personas, y saber, si es posible, hasta como respiran cuando duermen.—Yo no sé por qué, se me ha metido en la cabeza y agarrádose tenazmente al juicio, la idea de que estos personajes, que tales los creo, no están en Madrigal de valde, sino por asunto tal, que puedan verse perjudicados por él el rey nuestro señor y el bien público.—Con mi obligación creo que cumplo avisándoos de mis sospechas, y rogándoos tomeis informes de estos sugetos al alcalde de Santillana, que los conoce.—Aguardo con la contestación el conocimiento de

lo que he de hacer, que yo, en materia tan dificultosa, no me atrevo á hacer nada por impropio consejo, y apelo al vuestro.—Guárdeos Dios y os mantenga en salud.—De esta villa en Madrigal á 6 de setiembre de 1595.—*El doctor don Luis Pontocarrero.*»

X.

Cerró el alcalde esta carta, y mientras ponía en su nena el sobrescrito, mandó llamar al alguacil Periquete Anguila.

Presentóse éste con una celeridad increíble.

Traía sobre la mejilla izquierda una cataplasma, sujeta por un pañuelo atado por debajo de la barba, y hacía la figura más risible del mundo.

—¿Tan fuerte fué la bofetada, dijo el alcalde, que habéis tenido por ella necesidad de medicinas?

—¡Ah, señor! dijo con voz plañidera Anguila; el bachiller Corchuelos es muy bruto; me ha echado fuera tres muelas, y tengo de alto el carrillo tres dedos; ha sido un milagro que no me mate, señor, y espero que vuestra señoría le eche de Madrigal; porque si el bachiller Corchuelos sale á la calle, soy hombre muerto.

—Tan le echaré, que va á ir á contarle al otro mundo, dijo el alcalde Portocarrero.

—¡Ah, señor! Si vuestra señoría me dá licencia, le diré que yo no pido tanto.

—¿Es decir, que vos le perdonais por vuestra parte, de la pena de horca en que ha incurrido abofeteando á un ministro de justicia?

—¡Ah, señor! Por mi parte, sí señor; si basta con que yo le perdone para que no vaya á la horca, yo le perdono con toda mi alma.

—Cristiano y buen hombre sois, y por ello os aplaudo; con vuestro perdon, y con que yo atenúe el delito, no será ahorcado; pero se le aplicarán cien azotes, á peca de verdugo y voz de pregonero, y se le pondrá á la vergüenza, y se le echará de la villa; salid, y decid á mi secretario Pedralva que entre.

Poco despues entraba el secretario.

—Estended el auto de sentencia de cien azotes y vergüenza pública por ocho dias, desde las cinco á las siete de la tarde, en la picota de la villa, contra la persona del bachiller Lope Corchuelos, con destierro inmediato de este pueblo, en dos leguas á la redonda; traédmelo á firmar, é inmediatamente notificadlo al reo; mañana, al punto de medio dia será ejecutada la sentencia, en la parte relativa á los azotes, llevándose en un asno al sentenciado, y distribuyéndose los azotes de manera que los reciba durante el tránsito por los lugares más públicos de la villa.

Pedralva se puso á escribir el auto en un extremo de la mesa sobre un pliego de papel sellado.

El mezquino de Anguila temblaba; miraba con los ojos entumecidos al alcalde, y no parecia sino que era él el que iba á recibir los azotes; le daban repeluznos, y sentia escalofrios.

—Ya veis que se os hace justicia, dijo el alcalde Portocarrero.

—¡Ah, sí, sí señor! dijo Anguila; pero con licencia de

vuestra señoría, me parece que no hay cuerpo humano que aguante cien azotes.

—¿A alcalde se me os meteis vos tambien? dijo Portocarrero; pues mirad no se me ocurra mandaros dar doscientos por atrevido; y como yo os los mande dar, habeis de aguantarlos, mal que os pese.

Anguila quiso contestar para disculparse, y no pudo.

Se le habia pegado de miedo la lengua al paladar.

—Vamos á lo que importa al servicio del rey nuestro señor, dijo el alcalde Portocarrero; anoche, si mal no recuerdo, dijisteis que habíais ido muchas veces desde Madrigal en una hora á Valladolid.

—¡En media, señor! Eso dije anoche, y eso digo ahora.

—Pues correr es, ¡cuerpo de diablo! y decid, imbécil: ¿si alcanzais tal ligereza, por qué esta mañana al ver en el aire la mano del bachiller, no os pusisteis á media legua de ella antes de que os tocára?

—Es, señor, que la bofetada me pilló de relance; que por lo demás, si yo no estoy continuamente zurrado por los estudiantes, es porque siempre ando ojo alerta con ellos, y en un cerrar y abrir de ojos, me escurro y me largo.

—¿Os impide la bofetada el ir á Valladolid con un pliego, en el tiempo que cuando estais bueno acostumbrais?

—En poniéndome yo á correr, con tal de que tenga buenas las piernas, todo lo demás me importa nada.

—Pues tomad para el señor presidente de la Chancillería de Valladolid, y partid al momento; dijo el alcalde Portocarrero dándole el pliego.

Apenas Anguila le tuvo en las manos, se volvió, y de una estrepada, por decirlo así, se plantó en la puerta de la sala, y hubiera desaparecido á no llamarle apresuradamente el alcalde.

—¡Eh! Esperad, que aún tengo qué deciros.

Anguila se volvió junto á la mesa con la misma rapidez con que se habia apartado de ella.

—Esperad la contestacion que habrán de daros, y tomad este real de á ocho (1) para que bebais por el camino.

—Muchas gracias, señor.

—Ahora son las cinco, dijo el alcalde Portocarrero, sacando un gran reló de oro casi esférico; me basta con que esteis de vuelta en Madrigal con la contestacion del señor presidente á las ocho de la noche.

—Si tardo, será porque no me den la contestacion á buena hora; pero ya me traeré yo testimonio de la hora en que salga de Valladolid.

—Vamos, que quiero ver cómo empredeis vuestra caminata.

El alcalde salió con Anguila á la puerta de la calle, y Pedralva, picado tambien de curiosidad, dejó en suspenso el auto de los azotes y salió.

—¡Ea! dijo el alcalde Portocarrero, partid.

Anguila se persignó, inclinó el cuerpo hácia delante, extendió la pierna derecha y se disparó.

Un momento despues habia desaparecido por el otro

(1) Un real de á ocho era equivalente á un peso fuerte y se llamaba real de á ocho, porque se componia de ocho reales fuertes de los de veinte y un cuartos.

extremo de la plaza, á pesar de que esta era estrechísima.

El alcalde Portocarrero y Pedralva se entraron para adentro riendo.

No habia gravedad que se defendiese, puesta en contacto con el originalísimo Anguila.